

BRICH. Pues léelo tú mismo; ahí tienes el cartel.

SAV. Ese hombre descolorido que está ahí sentado me lo puede leer. (Dirigiéndose á DIDIER.) Eh! Hombre de la capa! ¡Amigo mio!... Parece que esté sordo.

DID. (Que no ha dejado de mirarle, levantando lentamente la cabeza.) Hablais conmigo?

SAV. Sí, y en recompensa de este honor, quiero que me leais este edicto que está sobre vuestra cabeza.

DID. Yo?

SAV. Sí; sabéis leer?

DID. (Levantándose.) Ese edicto castiga con la pena de la horca al noble y al villano.

SAV. Os equivocais; no se debe colgar nunca á ningun gentil-hombre; eso se queda para los villanos. No sabéis leer. Quizás teneis la vista demasiado baja. Quitaos el sombrero y leereis mejor.

DID. (Derribando al suelo la mesa y levantándose.) Me estais insultando y eso no lo permito: ahora que os he leído el cartel, en recompensa de tanto honor necesito vuestra sangre.

SAV. (Sonriendo.) Tenemos bien adquiridos nuestros dos títulos: yo adivino al pueblo y vos olfateais á los marqueses.

DID. Los hijos del pueblo y los marqueses pueden agarrarse por el cuello, y no tardaremos mucho en confundir nuestras sangres.

SAV. Vais demasiado lejos y es menester hablar á palmos. Me llamo Gaspard y soy marqués de Saverny.

DID. Eso no me importa.

SAV. Aquí tengo mis dos padrinos, el conde de Gassé y el caballero de Villae, los dos nobles. ¿Vos sois noble tambien?

DID. Eso no os importa. Me abandonaron siendo niño dentro de la puerta de una iglesia, y no tengo nombre; pero para batirnos basta que tenga sangre que derramar en cambio de la vuestra.

SAV. No, eso no basta; pero como un expósito puede llegar á ser gentil-hombre, prefiero ennoblecerle á degradarme, y me batiré con vos. A qué hora?

DID. En seguida.

SAV. Como querais.

DID. Que me den una espada.

SAV. Lástima es que no la tengais. Quereis la mia? Es de buen temple y fiel.

L'ANGELY se levanta, saca la espada y se la dá á DIDIER.

L'ANG. Para cometer una locura de-

beis serviros de la espada de un loco. Sois hombre bravo y la honrareis.

DID. La acepto. (Tomándola. A SAVERNY.) Ahora pedid á Dios que os favorezca.

BRICH. Voy á presenciar un duelo y ya estoy en mis glorias.

SAV. Dónde nos batimos?

DID. Debajo de este reverbero.

GASSÉ. Pero estais locos? Ahí no se vé.

DID. Se vé bastante para cortarse el cuello.

SAV. Bien dicho.

VILL. Estareis casi á oscuras.

DID. Se verá bastante claro, porque cada espada en la oscuridad será un relámpago. Vamos, marqués.

Los dos arrojan las capas y los sombreros; despues sacan las espadas.

SAV. Estoy á vuestras órdenes.

DID. En guardia!

Cruzan las espadas silenciosamente y con furor. De repente sale MARION de la casa misma que poco antes salió DIDIER.

ESCENA IV.

Dichos y MARION.

MAR. Qué es ese ruido? (Viendo á DIDIER á la luz del reverbero.) Ah, es Didier! (A los combatientes.) Deteneos! (Gritando.) A la guardia!

SAV. Quién es esta mujer?

DID. Es ella!

BOUCH. Estais perdidos! El grito de esa mujer vá á traer aquí fuerza armada.

Entran arqueros con antorchas encendidas y con ellos el capitán del castillo.

BRICH. (A SAVERNY.) Hazte el muerto, porque sino te van á ahorcar.

SAV. (Dejándose caer en tierra.) Ay! (Tiene razon.)

EL CAPITAN DEL CASTILLO. ¡De orden del rey!

BRICH. (A los gentiles-hombres.) Salvemos al marqués, porque si le cogen vivo le ahorcan.

CAP. Deteneos! ¡Vive Dios que es insolencia venirse á batir debajo del edicto que lo prohíbe! Rendíos! (A DIDIER.)

Los arqueros se apoderan y desarman á DIDIER.

¿Quién es ese otro que está tendido en tierra?

BRICH. Es el marqués de Saverny, pero está muerto.

CAP. Está muerto? Ha hecho bien. Así ha terminado pronto su proceso. Vale más morir así que de otra manera.

MAR. (Asustada.) Qué es lo que dice?

CAP. Esa otra clase de muerte os cor-

responde á vos. Venid conmigo. (A DIDIER.)

Los arqueros se llevan á DIDIER por una parte; los gentiles-hombres se llevan á SAVERNY por la otra.

DID. Adios, María; olvidadme! Adios!

ESCENA V.

MARION Y L'ANGELY.

MAR. (Corriendo hácia él.) Didier, ¿por qué te despides de mí para siempre? ¿Por qué te he de olvidar?

Los soldados la rechazan; angustiada, vuélvese hácia L'ANGELY.

Decidme, qué es lo que ha hecho? ¿Y con qué castigo le amenazan?

L'ANG. (Señalando el edicto.) Leed.

MAR. (Leyendo y retrocediendo con horror.) ¡Dios mio! Le matarán! ¡Haber gritado yo le ha perdido! Pero es imposible que por un duelo le maten. Verdad que no?

L'ANG. Le ahorcarán.

MAR. Pero si él se escapa de la cárcel...

L'ANG. Las murallas son demasiado altas para eso.

MAR. Mis faltas le han obligado á cometer un crimen y por mí le castiga Dios. Didier mio! (A L'ANGELY.) Por él sufriría yo vivir en un calabozo, padecer en el tormento, morir bendiciendo á Dios.

L'ANG. Pues no veo el medio de salvarle.

MAR. Me aventuraré á ver al rey. El corazón del rey es verdaderamente real y sabe perdonar.

L'ANG. El rey sí, pero el cardenal no.

MAR. Qué hacer?

L'ANG. Será preciso que ruede por la pendiente fatal.

MAR. Eso es horrible! ¿Quién sois vos que me aterrais? (A L'ANGELY.)

L'ANG. Soy el bufon del rey.

MAR. Didier mio! Soy indigna, soy vil, soy infame; pero todo lo que pueda hacer una mujer, lo haré por tí. Ahora te sigo.

Se vá por la misma parte que salió DIDIER.

L'ANG. ¡Dios sabe dónde le seguirás!...

Recogiendo la espada que ha dejado en tierra DIDIER.

¿Quién dirá, al presenciar esta escena, que yo soy el loco?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

La comedia

EN EL CASTILLO DE NANGIS

Un parque á la moda de Enrique IV.—En el fondo, sobre una altura, se distingue el castillo de Nangis, que consta de una parte antigua y de otra moderna.

ESCENA PRIMERA.

M. DE LAFFEMAS, con traje de magistrado de su época, y el MARQUÉS DE SAVERNY, disfrazado de oficial del regimiento de Anjou, con bigotes y perilla negros y un emplasto encima del ojo.

L'ANGELY. Lo presenciásteis vos?

SAV. Tuve el honor de ser su compañero.

L'ANG. ¿Pero es verdad que el marqués de Saverny...?

SAV. Murió en el duelo.

L'ANG. En seguida?

SAV. Casi en seguida; poco le duró el martirio. Yo presencié cómo tras del delirio le sobrevino el pasmo, despues del pasmo un horrible tétanos y despues el improsthathos y el opistathos.

L'ANG. Diabolo!

SAV. En cuanto ví esto calculé que es falso que la sangre pase por las venas yugulares, y que debian castigar á Pequet y á los sábios, que abren á los perros vivos para ver cómo respiran los pulmones.

L'ANG. Pobre marqués!

SAV. Una estocada produce la muerte.

L'ANG. Sois doctor en medicina?

SAV. No.

L'ANG. Pero la habeis estudiado?

SAV. Un poco... en Aristóteles.

L'ANG. Ah! por eso hablais así!

SAV. Os confieso que tengo mucha malicia en el corazón y que me complace hacer daño: por eso, al cumplir los veinte años, tuve el deseo de ser soldado ó médico, y despues de muchas vacilaciones elegí la espada. Es carrera menos segura, pero más rápida. Despues me preocupé en ser ya actor, ya poeta, ya domador de osos; pero como me gusta comer y cenar todos los dias, arrojé á los infiernos los versos y los osos.

L'ANG. ¿De modo que habeis tambien aprendido poesía?

SAV. Un poco... en Aristóteles.
LAF. Y os conocía el marqués?
SAV. Era yo soldado sencillo cuando él era ya subteniente. Estuve al servicio del señor de Caussade, el que me traspasó al servicio del coronel del marqués; cada uno dá lo que tiene. Luego me nombraron oficial; me dejé crecer el bigote negro, que vale tanto como otro cualquiera, y hé aquí mi historia.

LAF. ¿Os han hecho el encargo de que vengais al castillo á participárselo á su tío?

SAV. Vine con su primo Brichanteau, arrastrando el ataúd en una carroza, para que al pobre marqués lo entierren aquí.

LAF. ¿Cómo ha recibido el viejo marqués de Nangis la noticia de la muerte de su sobrino?

SAV. Sin llorar y sin hacer exclamaciones.

LAF. Pues yo sé que le quería mucho.

SAV. Como amamos la vida y á los hijos; él no tenía otro amor, otros deseos ni otra esperanza que su sobrino, que idolatraba, á pesar de hacer cinco años ya que no le ha visto.

Pasa por el fondo el viejo MARQUÉS DE NANGIS, que marcha lentamente. Nueve guardias vestidos de luto, con la alabarda en el hombro derecho y el mosquete en el izquierdo, le siguen en tres filas y á alguna distancia, parándose cuando él se pára y andando cuando él anda.

LAF. (Viéndole pasar.) Pobre hombre!

SAV. (Mi querido tío!)

Entra BRICHANTEAU, que se dirige á SAVERNY.

ESCENA II.

Los mismos y BRICHANTEAU.

BRICH. Me alegro de verte.

SAV. Mira á mi tío! ¿Por qué le has hecho creer que yo habia fallecido? ¡Me dá lástima! Confesémosle la verdad.

BRICH. Guárdate bien! Es menester que llore y que su dolor sea sincero para que todos crean mejor en tu muerte.

SAV. Pobre tío!

BRICH. ¡Calla, que pronto te volverá á ver!

SAV. Y entonces, si no se ha muerto de dolor, se morirá de alegría; esos golpes son demasiado fuertes para un anciano.

BRICH. ¿Quién es aquel hombre que vá vestido de negro? (Por LAFFEMAS.)

SAV. No sé; algun amigo de casa.

ESCENA III.

Dichos y el MARQUÉS DE NANGIS.

Entra el MARQUÉS DE NANGIS con el cabello blanco y sumido en honda tristeza; camina lentamente sin ver á nadie y se sienta en un banco de césped. LAFFEMAS, que le ha salido al encuentro, le acompaña hasta el banco.

LAF. Hemos tenido, señor marqués, la desgracia de haber perdido á vuestro apreciable sobrino, que tan agradable os hubiera hecho la vejez. Uno mis lágrimas á las vuestras, porque bien lo merece un jóven tan leal servidor de Dios, tan reservado con las mujeres, tan justo en sus actos y tan prudente en sus palabras.

El MARQUÉS deja caer la cabeza entre sus manos.

SAV. (Bajo á BRICHANTEAU.) El diablo le está haciendo mi oracion fúnebre; elogiándome, aumenta su tristeza; habla, pues, tú mal de mí á mi tío para consolarle.

BRICH. (A LAFFEMAS.) Os equivocais, caballero; Saverney era mi camarada y tenia la misma graduacion que yo; pero era un mal compañero, un ruin sugeto, que se echaba á perder más cada dia; en fin, ya veis cómo murió.

LAF. ¡Un desafio no es un gran crimen!

BRICH. Era quisquilloso, embustero, ingrato, libertino y loco.

SAV. Así, así.

BRICH. Además, era indócil con los jefes, jugador, tan jugador, que era capaz de jugarse el alma á los dados.

SAV. Basta, que ya consuelas demasiado á mi tío.

LAF. No me parece prudente hablar así de un amigo difunto.

BRICH. Preguntádselo al señor y vereis como digo la verdad.

SAV. Oh, yo no sé nada de eso!

LAF. En fin, señor marqués, os vengaremos; ha caido en nuestras manos su matador y le ahorcarán. No comprendo por qué el marqués de Saverney aceptó semejante duelo; hay desafios que no se pueden rechazar, pero irse á batir con un villano llamado Didier...

SAV. (Didier!)

El MARQUÉS, que ha permanecido durante toda la escena inmóvil y mudo, se levanta y se vá con lentitud por el lado opuesto al que entró. Los guardias le siguen.

LAF. (Me conmueve su verdadero dolor.)

Sale un criado corriendo y vá á hablar al MARQUÉS DE NANGIS. BRICHANTEAU se lo impide.

UN CRIADO. Monseñor!

BRICH. No incomodeis á vuestro señor. rojan á las piernas de los transeuntes ladrando.

CRIADO. Es que necesitaba saber á qué hora ha de ser el entierro del marqués de Saverney.

BRICH. Ya lo sabrás más tarde.

CRIADO. Además, los cómicos que vienen de la ciudad piden hospitalidad por una noche en el castillo.

BRICH. ¡Mal dia han elegido los cómicos! Pero á nadie debe negarse la hospitalidad. Que descansen en la granja.

CRIADO. (Sacando una carta.) Ha venido esta carta urgente para el señor de Laffemas.

LAF. Dádmela; es para mí.

BRICH. (Bajo á SAVERNY.) Vámonos en seguida á prepararlo todo para tu entierro.

SAV. (Pensativo.) Didier!

BRICH. En qué piensas?

SAV. En nada... vamos.

ESCENA IV.

LAFFEMAS solo.

Esta carta lleva el sello del Estado, el sello de cera roja. Veamos de qué trata. (Abre y lee.) "Os participamos que Didier, el asesino del difunto marqués de Saverney, se ha escapado de la cárcel..." ¡Dios mio, qué desgracia! "Una mujer, conocida por Marion de Lorme, le acompaña. Venios en seguida..." ¡En seguida voy! Yo, que creia tenerle seguro! Ha sido un desgraciado asunto este; uno de los criminales ha muerto y el otro ha huido... pero yo le atraparé.

Váse. Entra un grupo de cómicos de la legua, compuesto de hombres, mujeres y niños, extrañamente vestidos. Entre ellos vienen MARION y DIDIER con trajes á la española; DIDIER lleva un gran sombrero y vá envuelto en una gran capa. El criado los introduce.

ESCENA V.

Los cómicos, MARION, DIDIER y el CRIADO.

EL CRIADO. Os vais á alojar en casa el señor marqués de Nangis, pero os advierto que os calleis, que no movais ruido, porque aquí tenemos un muerto que se ha de enterrar mañana; sobre todo no mezcleis vuestras canciones con los cantos que por su alma entonarán esta noche.

EL GRACIOSO. Haremos menos ruido que vuestros perros de caza, que se ar-

rojan á las piernas de los transeuntes ladrando.

CRIADO. Pero los perros no son histriones.

TAILLEBRAS. (Al GRACIOSO.) Cállate! Si no nos arrojarán de aquí.

ESCARAMOUCHE. (A MARION y á DIDIER, que hasta entonces han permanecido inmóviles en un rincón.)

Ahora que estamos solos, hablemos. Ya sois de la compañía, y nada me importa que seais dos esposos ó dos amantes tiernos que os habeis escapado á la grupa burlando á la policía; eso no me importa. Lo que á mí me interesa saber es qué papeles habeis de representar. Tú representarás el papel de doña Gimena. (A MARION.)

MAR. Bien.

DID. (¡Ver que la habla así un saltimbanqui!)

ESC. Nos falta un precioso papel, que tú puedes representar: el papel de Matamoros. Tienes que hacer la voz hueca y andar á grandes pasos. Es un papel trágico.

DID. Lo declamaré, si quereis.

ESC. Bien, pero no nos hables de vos, de tú. Salud, Matamoros. (Haciéndole una profunda reverencia.)

DID. (Estos necios!)

ESC. Dicho esto, vamos á hacer la cena y á reparar nuestros papeles.

Entran todos en la granja, excepto MARION y DIDIER.

ESCENA VI.

MARION, DIDIER, luego el GRACIOSO y SAVERNY y despues LAFFEMAS.

DID. (Despues de una pausa y con risa amarga.) ¡María! Hé aquí el abismo profundo adonde yo te he conducido por quererme seguir. Mi destino ha empeorado el tuyo.

MAR. Didier, esto es un reproche?

DID. Que me maldiga el cielo y me proscriban los hombres si de mi corazón, donde tú sola reinas, sale jamás un reproche contra tí. Tú me has salvado, tú eres mi única esperanza y tú mi único refugio. Engañaste al carcelero, quebraste mis cadenas y descendiste del cielo para seguirme al infierno, queriendo ser, además, cautiva del preso y huir con el fugitivo. Nadie como tú posee la astucia y el amor, que dan libertad, que sostienen y que consuelan á la vez. ¿No has tenido compasion del pobre oprimido? ¿No has amado al infeliz que todo el mundo aborrecia?

MAR. (Llorando.) Mi dicha consiste en amarte y en seguirte.

DID. ¡Oh, deja que me embriague contemplando tus hermosos ojos!

MAR. ¡Eres, Didier, mi señor y mi dueño!

DID. Tu esposo! No es verdad?

MAR. (Ay de mí!)

DID. Será para mí la única felicidad, cuando vivamos lejos de este país, presentarte á los ojos del mundo como mi dama y como mi esposa. ¿Lo deseas también?

MAR. Didier, seremos hermanos.

DID. No me rehuses el inmenso placer de poseerte ante Dios y ante los hombres.

MAR. (Ay de mí!)

DID. Ahora mismo me atormentaba verte tutear por un saltimbanqui, como me está haciendo sufrir verte confundida en estos momentos con hombres y con mujeres impuras. ¡Tú, que eres para mí la pureza y la castidad!

MAR. Didier, sé prudente.

DID. Dios sabe que he tenido que refrenar mi cólera.

MAR. De vivir en paz con estos cómicos unos cuantos días depende tu vida y acaso la mía.

DID. María, tienes razón: cada vez que vá á renacer mi mala suerte, para dominarla me prestas tu corazón, tu felicidad y tu juventud. Los prodigios que en mí operas los pagaría un rey á costa de su reino, y yo no puedo pagártelos más que con mi desgracia. El cielo te entrega á mí y el infierno te ata. Para merecer los dos esa participación desigual, ¿qué bien he hecho yo y qué mal has hecho tú?

MAR. Lo ignoro; solo sé que mi dicha únicamente dimana de tí.

DID. Escucha: cuando me hablas de ese modo, aunque quizá lo sabes, debo participarte que mi estrella es fatal. Ignoro de dónde vengo y no sé dónde voy. Mi cielo está oscuro. Te suplico, María, por última vez, ahora que es tiempo aun, que retrocedas; déjame seguir solo mi infausto camino. Cuando esté rendido del penoso viaje, sé que me espera un lecho frío y estrecho, en el que no habrá bastante sitio para los dos. ¡Huye de mí!

MAR. Pues bien, yo quiero en él reposar contigo.

DID. Me das lástima, porque ese porvenir me asusta; vete.

MAR. Mátame, pero no me hables así.

Llorando.

DID. Lloras, María! ¡Soy tan miserable que te hago derramar muchas lágrimas, cuando soy capaz de derramar toda mi sangre por una sola! Haz lo que quieras; sígueme, sé mi fortuna, mi gloria, mi amor y mi virtud. ¿No me respondes?

MAR. Me has hecho mucho daño.

DID. (Arrodillándose y tomándole la mano.) ¡Yo, que soy capaz de morir por ella!

MAR. (Sonriendo y llorando.) Eres tan perverso que me has hecho llorar.

DID. Eres tan hermosa! (Se sienta en el banco á su lado.) Recibe este beso en la frente, que es tan puro como nuestros amores.

La besa en la frente. Los dos se miran con embriaguez.

Mírame, María... así... mírame siempre.

GRAC. (Entrando.) En la granja llaman á doña Gimena.

MARION se levanta precipitadamente del banco. Al mismo tiempo que el GRACIOSO entra SAVERNY, que se pára en el fondo y que se queda contemplando á MARION, sin ver á DIDIER, que permanece sentado en el banco, pero que le oculta á los ojos de SAVERNY un matorral.

SAV. (Diablo! es Marion! Vaya una extraña aventura! Gimena!) (Riendo.)

GRAC. (A DIDIER.) Vos quedaos ahí, señor celoso.

DID. Vive Dios!

MAR. Refrenaos.

DIDIER se vuelve á sentar. MARION entra en la granja.

SAV. (¿Quién la obliga á viajar de ese modo? ¿Será acaso su amante Didier el que me salvó la otra noche?)

Sale LAFFEMAS en traje de viaje y dice á SAVERNY:

LAF. Voy á partir y me despido de vos.

SAV. Ah! conque nos dejais!... (Riendo.)

LAF. De qué os reís?

SAV. (Riendo.) De una desconocida que acabo de descubrir entre los cómicos de la legua que acaban de llegar.

LAF. Entre los cómicos?

SAV. Sí. A Marion de Lorme.

Riendo más fuerte.

LAF. A Marion de Lorme!

DID. (Qué dice!) (Incorporándose en el banco para oír.)

SAV. Es preciso que entere de esto á todo París. Vais allí, caballero?

LAF. Sí, y relataré el hecho. Pero estais seguro...

SAV. Llevo encima su retrato, que me dió en recuerdo de su cariño, y que hizo pintar expresamente al pintor del rey.

Saca del bolsillo un medallon, que entrega á LAFFEMAS.

Podeis comparar este retrato con Ma-

rion. Desde la puerta abierta de la granja la podeis ver. Es la que vá vestida de española.

LAF. (Dirigiéndose á la puerta de la granja.) ¡Es ella! Es Marion de Lorme! ¿Vá con algun compañero?

SAV. Os aseguro que sí, sin haberlo visto. Esa clase de mujeres nunca viajan solas.

LAF. (Pondré centinelas á la puerta. Debe acompañarla Didier.)

Váse LAFFEMAS.

SAV. (Sospecho que he hecho una tontería... pero qué más dá?)

Se llega hasta el GRACIOSO, que está en un rincón gesticulando y aprendiendo su papel.

¿Quién es esa dama que vá vestida de española?

EL GRACIOSO. La Gimena? No sé cómo se llama. (Le señala á DIDIER.) Preguntádselo á ese caballero que la acompaña. (Váse.)

ESCENA VII.

DIDIER y SAVERNY.

SAV. Caballero, queréis decirme... (pero me mira de un modo extraño... me parece que es él...) Si no estuviera en la cárcel, diría que érais un amigo mio, tanto os pareceis á él.

DID. Como yo diría que érais otro amigo mio, si éste no hubiera muerto.

SAV. Silencio! Sois Didier?

DID. Sois el marqués de Saverny?

SAV. Yo soy el que encontrásteis en cierta casa cierta noche... yo soy el que salvásteis de unos ladrones...

DID. No extrañeis que me sorprenda, marqués.

SAV. Al contrario. Os debo la vida, pero en el duelo no me matásteis. Por eso os digo que si necesitais de un amigo ó de un hermano, estoy dispuesto á servirlos; disponed de mis bienes y de mi persona.

DID. No necesito nada de eso; me contento con que me entregéis ese retrato de mujer que teneis en la mano.

SAVERNY se lo entrega; él lo contempla.

Sí, es ella, con su frente cándida, con sus ojos negros, con su cuello blanco, y sobre todo con su aire cándido... está muy parecido.

SAV. Verdaderamente.

DID. ¿Dijisteis que por vos se hizo retratar?

SAV. En otros tiempos; hoy os prefiero y habeis sido elegido entre sus muchos amantes. Sois el hombre feliz!

DID. ¿No es verdad que soy muy dichoso?

SAV. Os felicito. Es una notabilidad que solo se enamora de los hijos de familia, y honra tener una querida como esa. Todos os envidiarán, y los que lo sepan irán diciendo por todas partes: "Ese es el amante de Marion de Lorme."

DIDIER le devuelve el retrato; SAVERNY rehúsa recibirle.

No... conservadlo. Siendo ella vuestra, teneis derecho á poseer el retrato.

DID. Gracias. (Se lo esconde en el pecho.)

SAV. Está hermosísima vestida de española. Sois mi sucesor, pero... me sucedeis de tan lejos, como el rey Luis XIII ha sucedido á Faraon. Entre medio ha habido muchísimos amantes... hasta el mismo cardenal... En su corazón encontrareis buena compañía.

DID. (Gran Dios!)

SAV. Ya lo ireis sabiendo... para no ocultaros nada, debo deciros que aquí paso por muerto y que mañana me entierran. Habeis engañado á los esbirros y á los carceleros; Marion habrá hecho que os abran la cárcel; os habeis escapado juntos, juntándoos en el camino con una compañía ambulante de cómicos de la legua. Esa debe ser vuestra historia.

DID. Esa es mi historia.

SAV. Por salvaros habrá estado cariñosa con algun arquero.

DID. (Con voz de trueno.) Ira de Dios! ¿Eso creéis?

SAV. Calla! Sois celoso! ¡Y celoso de Marion de Lorme! No seais inocente y no le echeis ningun sermon.

DID. Estad tranquilo. (Dios mio! ¡El ángel era un demonio!)

Salen LAFFEMAS y el GRACIOSO. DIDIER se vá y SAVERNY le sigue.

ESCENA VIII.

LAFFEMAS y el GRACIOSO.

GRAC. Señor, no sé lo que queréis decir. (Este hombre debe pertenecer á la justicia.)

LAF. (Sacando una bolsa.) Mirad lo que tengo aquí.

GRAC. (Acercándose.) Os tiene receloso nuestra dama Gimena y queréis saber...

LAF. Quiero saber quién es D. Rodrigo.

GRAC. Su amante?

LAF. Sí.

GRAC. El que gime por ella?

LAF. Está aquí?

GRAC. Aquí está.

LAF. Enséñamelo.

GRAC. (Haciendo una profunda reverencia.) Soy yo, que estoy enamorado de ella como un loco.

LAF. (Se aleja de él con despecho, despues se vuelve á aproximar y hace sonar la bolsa á los oídos del GRACIOSO.) Sabes tú lo que son genoveses?

GRAC. Monedas que suenan muy bien.

LAF. (Ya he encontrado á Didier.) Sabes lo que contiene esta bolsa?

GRAC. No.

LAF. Veinte genoveses de oro.

GRAC. Sopla!

LAF. Los quieres?

GRAC. Vengan.

LAF. Pero me has de decir...

GRAC. (Tomándolos y guardándoselos en el bolsillo.) Me embolsaré la cantidad y os diré gracias; sois un hombre excelente.

LAF. (Es un pillastre!) Pues si no hablas, vuélveme la bolsa.

GRAC. (Con entonación trágica.) ¿Por quién me tomáis, señor? ¿Qué diría de nosotros el mundo si vos me propusierais y yo aceptara venderos por dinero mi alma y la cabeza de otro!

Quiere salir y LAFFEMAS le retiene.

He conservado el honor y no tengo que rendiros ninguna cuenta.

Saluda y se vá á la granja.

ESCENA IX.

LAFFEMAS solo.

Me ha chasqueado ese histrion, pero si un dia cae en mis manos no se librará de ir á la horca. ¿Cómo descubriré á Didier?... Es difícil! Yo no puedo presentarme al cardenal sin llevarle mi presa. Oh, qué idea! ¡Ya ha caido en mi poder! (Llamando á la puerta de la granja.) Comediantes, salid aquí á oír dos palabras.

ESCENA X.

Dicho, los cómicos, MARION y DIDIER, luego SAVERNY y despues el MARQUÉS DE NANGIS.

ESC. Para qué se nos llama?

LAF. Os lo diré en dos palabras. Me ha comisionado el cardenal para que le busque, para representar las piezas que escribe en los momentos de ocio que le deja el príncipe, los cómicos buenos que le encuentre en provincias. Porque á pesar de sus esfuerzos, su teatro está en decadencia, y esto hace poco honor al cardenal-duque.

Los cómicos se acercan con alegría. Entra SAVERNY, que observa con curiosidad lo que pasa.

GRAC. (Contando las monedas.) ¡No hay más que doce y me dijo que habia veinte! Es un ladron!

LAF. Recitadme por turno cada uno un pedazo de cualquier papel, para que yo pueda juzgar y elegir. (Hábil será Didier si se escapa de ésta.)

MARION se acerca á DIDIER y quiere llevárselo á su lado, pero éste retrocede y la rechaza.

GRAC. Venid aquí con nosotros!

DIDIER deja á MARION y se confunde con los comediantes. Ella le sigue.

MAR. (Qué será esto!)

GRAC. Habeis tenido mucha suerte en afiliaros á nuestra compañía, porque gastareis trajes nuevos, tendreis regalos todos los dias, y por las noches recitareis versos del cardenal.

Todos los cómicos, incluyendo en ellos á MARION y á DIDIER, se alinean delante de LAFFEMAS.

LAF. (Al GRACIOSO.) Empieza tú. ¿Qué papel desempeñas?

GRAC. Soy el gracioso de la compañía, y hé aquí una de las cosas que sé cantar.

(Cantando.) Los magistrados ahora

llevan cubierta la nuca
con una deslumbradora
y magnífica peluca.

La peluca de más peso
se la pone el Presidente,
y es como un árbol espeso
que le brota de la frente.

LAF. Cantas en falsete! Cállate!

GRAC. (Riando.) Cantaré en falsete, pero la cancion es verdadera.

LAF. Ahora tú. (A ESCARAMOUCHE.)

ESC. Señor, yo soy Escaramouche, y empiezo así una escena en *La dueña honrada*:

(Declamando.) "Decía una reina de España que nada es tan agradable de ver como un obispo ante el altar y un gendarme corriendo por los campos, si no es una dama en el lecho y un ladron en la horca."

LAFFEMAS le interrumpe haciendo un gesto, y hace un signo á TAILLEBRAS de que hable. Este saluda profundamente y se pone muy erguido.

TAIL. Yo soy Taillebras, que acabo de llegar del Thibet, donde he castigado al Gran Khan y me he apoderado del rebelde Mogol.

LAF. Di otra cosa. (Bajo á SAVERNY.) (Verdaderamente Marion es muy hermosa.)

TAIL. Pues es lástima, porque eso es muy bueno.—Si quereis, os declamaré el papel de Carlo-Magno, emperador de Occidente.

Declamando:

"Qué extraño destino! Oh cielo! Sé

testigo de mi pena cruel; tengo que despojarme de mi tesoro y entregar á otro un amor que es mio, llenándome el estómago de tristeza amarga."

LAF. Basta. (A SAVERNY.) (Esos son versos del *Bradamante*, del desdichado poeta Garnier.) (A MARION.) A vos os toca, preciosísima dama. Cómo os llamais?

MAR. (Temblando.) Gimena.

LAF. Pues si sois Gimena, debeis tener un amante que mata en duelo á un hombre.

MAR. (Asustada.) Yo!

LAF. (Sonriendo.) Mata á un hombre en un desafio, pero luego se salva... ¡tengo buena memoria!

MAR. (Dios mio!)

LAF. Declamadme esa historia.

MAR. (Declamando y mirando á DIDIER.) "Ya que para impedirte correr á la muerte son débiles obstáculos tu vida y tu honor, ya que tanto te amé, mi querido Rodrigo, en cambio defiéndete ahora para librarme de D. Sancho; combate para librarme de caer en manos del sér que me inspira aversion. Piensa en tu defensa para forzar mi deber, para imponerme silencio; y si todavía siente tu corazon cariño hácia mí, sal vencedor del combate, cuyo premio es Gimena."

LAF. No hay voz como la vuestra para llegar á las fibras secretas del corazon. Sois encantadora! (A SAVERNY.) (No puede negarse que Corneille no vale tanto como Garnier.) (A MARION.) Con vuestro talento y con vuestros hermosos ojos no debeis enterraros en un rincón del mundo; no es ese vuestro sitio. Sentaos aquí.

Se sienta y hace signo á MARION de que se siente á su lado; ella retrocede, diciéndole en voz baja á DIDIER:

MAR. Quiero estar siempre á tu lado!

LAF. (Sonriendo.) Venid aquí.

DIDIER rechaza á MARION, que cae asustada en el banco cerca de LAFFEMAS.

MAR. (Estoy temblando.)

LAF. (A DIDIER.) A vos os toca. ¿Cómo os llamais?

DIDIER dá un paso hácia LAFFEMAS y arroja al suelo la capa, diciendo con tono grave:

DID. Me llamo Didier.

MAR. {

LAF. { Didier!

SAV. }

Momento de estupor y de asombro.

DID. Podeis despedirlos ya á todos, porque se ha presentado vuestra víctima reclamando sus cadenas.

MAR. (Corriendo hácia él.) Didier!

DID. (Con frialdad.) No intentéis volver á salvarme.

TOMO III

MARION retrocede y cae desvanecida sobre el banco.

LAF. ¿No representais un trozo de papel de cualquier obra?

DID. Tú sí que lo has representado.

LAF. No, yo lo declamaria mal; pero estoy escribiendo una tragedia con el cardenal, en la que os destino un papel.

MAR. (Lanza un grito.) Ah! Ah!

En aquel momento el MARQUÉS DE NANGIS pasa por el fondo y se para; al oír los gritos que lanza MARION, se vuelve hácia los asistentes pálido, mudo é inmóvil. Vá con su escolta de alabarderos.

LAF. Señor marqués de Nangis, os reclamo el auxilio de la fuerza armada y os suplico que me presteis vuestra escolta. El asesino del marqués de Saverny, que se habia fugado, ha vuelto á caer en nuestras manos.

MAR. (Arrojándose á las rodillas de LAFFEMAS.) Señor, tened piedad de él!

LAF. (Con galantería.) ¡Vos á mis piés, señora, cuando yo deberia estar á los vuestros!

MAR. Señor juez, tened piedad de los demás, si quereis que un dia el Juez inflexible tenga piedad de vos.

LAF. (Sonriendo.) ¡Me estais sermonando! Señora, sed reina en los bailes, brillad en las fiestas, pero no prediqueis. Quisiera complaceros, pero este hombre ha cometido un homicidio...

DID. (A MARION.) Levántate de ahí!

MARION se levanta temblando.

Mientes! (A LAFFEMAS.) Le maté en un duelo.

LAF. Caballero...

DID. Te repito que mientes.

LAF. Silencio! (A MARION.) La sangre pide sangre, y aunque este rigor me aflija, mató al marqués de Saverny, sobrino de este digno anciano, que era un apreciable jóven, cuya pérdida ha sido grande para la Francia y para el rey. Si no le hubiera muerto... mi corazon no es de roca... y quizás...

SAV. (Adelantando.) Pues el muerto resucita y aquí está.

Asombro general.

LAF. (Extremeciéndose.) ¡Esto es un prodigio! No está encerrado en el ataúd?

SAV. (Arrancándose los bigotes postizos, el emplasto y la peluca negra.) Me reconocéis ahora?

NANGIS. (Como despertando de un sueño, lanza un grito y se arroja en los brazos de SAVERNY.) ¡Mi querido sobrino! Hijo mio!

Se abrazan cariñosamente.

MAR. (Se ha salvado Didier! ¡Dios es justo!)

DID. (Friamente á SAVERNY.) ¿Para qué habeis hecho ese sacrificio? Yo queria morir.